

# La tierra, la cocina, la salud: flujos de poder y de energía en grupos domésticos campesinos

*The land, the kitchen, and health: flows of power and energy in domestic peasant groups*

Cristina Barajas\*

## Resumen

En los grupos domésticos campesinos, la continuidad entre la tierra y la casa está mediada por el flujo de energía de los alimentos y del trabajo con una dinámica indispensable para mantener la salud. En este ciclo la cocina desempeña un papel transformador y productor-reproductor vital para la sobrevivencia del grupo completo. Durante este ciclo se evidencia concentración de poder en algunos de esos espacios. El trabajo analiza estos procesos en los grupos domésticos de la vereda El Carreño del municipio de Sotaquirá, Boyacá, Colombia.

## Summary

Continuity between the land and the house in domestic peasant groups is mediated by the energy flow of food and work, together with an indispensable dynamic for the preservation of health. In this cycle the kitchen has a transforming and producing-reproducing role that is vital for the survival of the group as a whole. The concentration of power in some of these spaces becomes evident during the cycle. In this paper are analyzed such processes in the domestic groups of the El Carreño district which is part of the municipality of Sotaquirá in the province of Boyacá, Colombia.

## Presentación

El presente artículo trata de la forma como se unen el predio (ámbito externo) y la casa (ámbito interno) en los grupos domésticos campesinos. Algunos trabajos anteriores, como el de "Campesinado: las estrategias del hogar" de Rivera han hecho una valiosa aproximación al tema enfatizando en aspectos económicos de gran importancia, pero dejando de lado el análisis de las relaciones de poder que se gestan al interior del grupo doméstico.

Aquí se contribuye a completar esa visión con una mirada antropológica del fenómeno. En particular se muestra cómo no hay una frontera completamente delineada entre uno y otro ámbito sino que éstos se unen a través de flujos que involucran otros elementos como la energía en forma de alimento y el poder que a veces se concentra en uno u otro espacio. Esta visión permite tener un espectro más amplio de la forma como algunos grupos campesinos perciben su realidad.

---

\* Antropóloga, *magistra* en desarrollo rural. Este escrito corresponde a la ponencia presentada en el simposio Sabores e identidad del VIII Congreso de Antropología en Colombia. Universidad Nacional, Bogotá, diciembre de 1997.

Anthropologist, Master's Degree in Rural Development. This paper corresponds to the presentation made during the Symposium 'Flavors and Identity', included in the 8<sup>th</sup> Congress of Anthropology held at the Universidad Nacional, Bogota, Colombia, December 1997.

Este trabajo se ha realizado con los datos recogidos en la parte alta de la vereda El Carreño del municipio de Sotaquirá, (Boyacá, Colombia)<sup>1</sup> durante diferentes estadías entre 1995 y 1996. Lo que aquí se consigna se debe interpretar como característico de los grupos domésticos con economía de autosubsistencia de esa zona particular, con procesos que pueden aclarar fenómenos semejantes en otros grupos campesinos.

En los grupos domésticos campesinos de El Carreño tanto el hombre como la mujer trabajan. Sus diferentes labores se realizan uniendo de manera continua los ámbitos externo e interno del hogar. Esa continuidad laboral puede ser explicada como un ciclo en el que fluye la energía desde la tierra hasta la casa a través del consumo de los alimentos y del trabajo: las personas dan a la tierra sus esfuerzos y su trabajo además de abonos y semillas, la tierra les da frutos que a su vez son utilizados mediante el trabajo del hogar (la cocción, por ejemplo), como nueva fuente de energía que debe ser reinvertida en trabajo. Durante el ciclo la salud se gasta, pues los deberes del trabajo en el campo demandan esfuerzos.

Analizaremos aquí tres elementos de este flujo: el trabajo en la tierra (lo externo), el trabajo en la casa (la cocina, lo interno) y el trabajo en salud, con las implicaciones de concentración de poder que conllevan estos procesos.

### **Adentro y afuera: el trabajo del grupo doméstico campesino y su complementariedad**

Considero que para comprender lo que realmente implica el trabajo al interior de un hogar campesino, es necesario hacer el esfuerzo de verlo en los términos de sus propios actores. Por ello no utilizaré aquí el esquema de roles y de división del trabajo; haré un acercamiento a lo que en terreno he reconocido más bien como complementariedad en las labores. El trabajo del hombre en el cultivo puede considerarse más pesado, pero no más importante que el doméstico. Se tiene claro que el número de actividades del hombre es menor que el de las actividades de la mujer, pero por su intensidad, finalmente son equivalentes:

«Él hace el trabajo más pesado, uno lo que hace es varios oficios, pero él coge sus herramientas y trabaja todo el día, eso es como por parejo el trabajo de ellos y de nosotras...».  
Eva, (entrevista julio 15 de 1995).

Es frecuente el uso de la metáfora de «*la yunta de bueyes*» para describir la pareja campesina, en la que unas veces uno y otras veces el otro ejerce más fuerza, pero a menos que los dos trabajen juntos y en la misma dirección, nada se podrá realizar. (Gudeman, 1990 reseña esta misma idea). La otra metáfora utilizada «*una sola mano no lava bien la cara*», describe también la importancia de los trabajos diferentes pero complementarios. No es suficiente el trabajo de uno de los cónyuges, es indispensable que los dos laboren. El trabajo de ambos mantiene el ciclo desde los campos hasta la casa, el consumo de alimentos y nuevamente el trabajo.

1 Una de las divisiones geopolíticas de Colombia es el departamento, éste se divide en municipios y a su vez éstos en veredas. En este caso la vereda El Carreño está dividida en dos por la carretera central del norte. Una de estas partes se encuentra sobre las faldas de las montañas de la cordillera, mientras que la otra es plana y bordea al río Chicamocha. El estudio se hizo en la parte montañosa, localmente denominada «parte alta».

Aquí la complementariedad abarca no sólo al trabajo, involucra elementos de la naturaleza: la tierra da la forma de adquirir fuerza a través de los alimentos, éstos se consumen gracias al trabajo invertido en su transformación en la casa, y gracias a esos alimentos se puede nuevamente laborar la tierra. Hay continuidad entre el ámbito predial y el doméstico, pero además hay reciprocidad: unos dan y los otros reciben para dar nuevamente.

«Todo es trabajo, el de la casa y el de afuera».

La valoración dada al trabajo y a la persona trabajadora en Sotaquirá es muy alta. Se manifiesta como un atributo asociado con otras características de responsabilidad, tales como ser «buena persona» y ser alguien de «fundamento».

El progreso se logra con el trabajo; si alguien no trabaja no hay forma de progreso, se estanca. El estancamiento del que se habla con frecuencia en la vereda se refiere a estar quieto, a no fluir, a detenerse, lo que tiene connotación negativa.

Retomando el enfoque de las estrategias del hogar (Rivera, 1989) es fácil ver la manera como se complementan las actividades dirigidas al comercio con las de autoconsumo en un hogar campesino. No siempre esta división es muy clara, a veces ante un excedente en los productos de autoconsumo se opta por comercializarlos, y de igual manera si la cosecha no es suficiente o de buena calidad, se puede dejar para el consumo doméstico.

Esas actividades se realizan en espacios continuos: el doméstico, que comprende la casa y sus alrededores, y el predial, que sin límites interiores definidos, se entrelaza con el anterior. La «casa», se extiende a la explotación: incluye la tierra.

## **El ámbito predial y el doméstico**

La casa rural es un espacio de trabajo; pero además es el espacio de lo propio y familiar, que crea un sentido local más que espacial. Es el sitio de descanso, de seguridad, de alimento, abrigo, compañía y protección en un sentido amplio, que incluye la protección de las miradas del otro, que son constantes en los espacios rurales de minifundio y que hacen esquiva la privacidad.

La dualidad en actividades domésticas y prediales tiene otro referente y es el de la casa como centro con respecto al predio, particularmente en zonas de minifundio<sup>2</sup> como el de esta vereda: lo que da sentido y continuidad a la permanencia del grupo es el ámbito doméstico, por cuanto es más estable que el predial.

A la casa siempre se puede regresar, es una referencia para la identidad individual. Así lo demuestra el frecuente regreso del «familiar bogotense», que se da no sólo esporádicamente para los días festivos, sino la inmigración que últimamente es notoria entre algunos de los jóvenes de la vereda, al no haber encontrado buenas condiciones de vida en Bogotá.

Mientras que la casa es percibida por los campesinos como estable, el espacio predial no lo es. La inestabilidad de lo predial se da con base en la incertidumbre de las condiciones climáticas, la disponibilidad de tierras para cultivo o para ganado, los precios de los

---

2 Las fincas de la vereda son en promedio de 5 fanegadas. La mayoría de los habitantes son propietarios de la tierra y la han adquirido mediante sucesión o herencia.

productos agrícolas, el mercado laboral, entre otros aspectos. Por ejemplo, en condiciones económicas desfavorables el trabajo normalmente utilizado en el predio puede orientarse al empleo asalariado.

A pesar de que en la zona se consideran equivalentes las labores femeninas y masculinas<sup>3</sup>, es frecuente que a las primeras se les denomine «oficios» y a las segundas «trabajos». Esta diferente valoración tiene que ver con el tipo de recursos que el hombre maneja, pues su trabajo es pagado y así fácilmente se constituye en la forma más clara de acceso a dinero en efectivo para las necesidades del grupo, mientras los esfuerzos de la mujer se quedan muchas veces sin remuneración y entonces se consideran «ayuda».

Las condiciones de trabajo predial resultan más inciertas, por lo cual no son la mejor opción para suplir las necesidades cotidianas; más bien pueden asegurar la sobrevivencia a *largo plazo*, cuando son exitosas y se ha producido algún excedente significativo. En este ámbito externo es en el que el hombre acopia y ejerce su poder.

La estabilidad de lo doméstico radica en la importancia de sus funciones reproductivas a nivel biológico, pero también afectivas, solidarias, de reciprocidad generacional. Los habitantes rurales no cuentan con muchas posibilidades para reemplazar esas formas de reproducción que se realizan en su interior. Por ello la casa se constituye en un núcleo fuerte que garantiza la sobrevivencia cotidiana y dentro del cual cada miembro trabaja en función del resto del grupo.

En el ámbito doméstico se asegura la subsistencia del grupo *a corto y mediano plazo*, mediante trabajos pecuarios o artesanales que proporcionen algún ingreso constante para cualquier eventualidad, (enfermedad, visita, compromisos sociales, gastos ceremoniales) y para «mercar» semanalmente. Frecuentemente la propiedad de algunos animales es individual, obtenida mediante regalos o ahorros. Para las mujeres esa es una forma de consecución de dinero en efectivo, como aporte al núcleo o como rasgo de independencia. Aquí no cuenta el valor nutricional de los alimentos, sólo la necesidad inmediata de dinero. En este aspecto la «vaquita», (que en estos grupos domésticos generalmente sólo es una y cuidada por las mujeres) cobra vital importancia:

«es como un chorrillo de plata que da pa' lo necesario»

Los productos lácteos tales como cuajada, quesos, mantequilla, crema, permiten conseguir dinero en efectivo cuando se venden y eventualmente contribuyen a mejorar la dieta diaria.

«yo sí con lo de la leche compro lo que me haga falta, un remedio, la libra de chocolate; así no dependo de los hijos. Yo misma tengo mis cosas».

De manera semejante la crianza de pollos, de cerdos, pavos, conejos, la producción de huevos, son estrategias domésticas que permiten la subsistencia a corto plazo, manteniendo al grupo doméstico y a mediano plazo para algunas circunstancias especiales: parto, apoyo a un tercero, primera comunión, matrimonio, enfermedad o accidente, para lo cual no siempre se consumen, sino que se venden.

---

3 Como vimos más arriba cuando hablamos de la complementariedad, lo que se compara en la vereda es el número de labores *versus* la intensidad de las mismas. En esa evaluación, puede ser mayor el número de labores femeninas que las masculinas, pero el esfuerzo no es tan grande como el que invierte el hombre en sus trabajos. En últimas se consideran equiparables, equivalentes, o en sus términos «es como por parejo».

## **La cocina: el espacio transformador**

La cocina es el espacio en el que el producto del trabajo y de la tierra se transforma en satisfacción de deseos y necesidades. Allí se da la articulación de los mundos externo e interno, lo predial con lo doméstico: la naturaleza se transforma para adquirir rasgos de cultura.

Como sitio de transformación es central para la continuidad temporal del grupo doméstico, para su subsistencia, su reproducción y para afianzar el nexo con la tierra; en la cocina el alimento se transforma para incorporarse nuevamente al cuerpo y continuar su ciclo como otra forma de energía, la del trabajo sea predial o doméstico, y fluir nuevamente hacia la tierra.

Como la subsistencia del grupo doméstico depende de este proceso transformador, en él se evidencia que más que una transacción hombre-naturaleza, lo que hay es una fluidez y continuidad entre los dos órdenes, el natural y el humano. Los olores, la temperatura, la presencia del fuego que aún es vigente en el hogar campesino, son todas manifestaciones vivas de la producción de significados.

La alimentación es importante para la gente de El Carreño, «pero en su medida»: ni en exceso ni en deficiencia, a cada cual según su actividad, según su tipo de trabajo. El ciclo normal es el de comer y beber para adquirir fuerzas para trabajar. Si no se trabaja, se rompe el ciclo, se acumula la fuerza producida por la comida en forma de «gordura mala», energía acumulada y por consiguiente no usada. Si se trabaja en exceso y no se recupera la fuerza, también se rompe el ciclo.

Los trabajadores u obreros, por ejemplo, comen en cantidades especiales, hecho justificado por sus labores llamadas comúnmente «trabajar al azadón». Con frecuencia se dice «come como peón», clara alusión al pasado en la hacienda, en donde esa categoría existía para un tipo particular de trabajador. Se entiende que el del campo es un trabajo que requiere del gasto de mucha energía o fuerza, razón por la cual se favorece a los «trabajadores» con mayores cantidades de alimento.

Si alguien a pesar de su gordura y a pesar de las prohibiciones de comer, sigue comiendo y bebiendo, sin gastar en el trabajo la energía acumulada, rompe el ciclo natural de la comida y la consecuencia es su enfermedad.

Como enfermo tiene libertad para no trabajar, siempre y cuando se cuide y cumpla con algunos preceptos dentro de los cuales el principal es su compromiso de autocuidado.

El autocuidado en el campo no es un criterio limitado únicamente a la relación con la enfermedad; se espera del individuo hombre o mujer desde muy corta edad que se defiendan solo ante muchas circunstancias: el ordeño, el manejo de animales. Se debe defender solo y asimismo desempeñarse sin dificultad. Se considera por ejemplo, que «cocinar» es el mínimo y más elemental oficio que debe y puede desempeñar una mujer desde su niñez; de no ser así, es tachada de inútil.

## **La salud y su desgaste**

Aunque en general se considera que el trabajo en el campo produce sufrimientos, quienes no gozan de buena salud sufren más que los otros, no rinden y en esa medida su trabajo es más arduo y desgastador; los de salud más precaria no resisten ese gasto y por ello tienen la autorización para no trabajar. Ellos son los «enfermos» (categoría establecida socialmen-

te para indicar estados crónicos, véase Barajas, 1996) y los ancianos. Sin embargo para el grupo doméstico estas personas tienen derecho a ser alimentadas y sostenidas en virtud de la reciprocidad intergeneracional. Esos cuidados se dan en la casa, en el ámbito doméstico y por ende, deben ser dispensados principalmente por las mujeres.

La salud se gasta, incluso se acaba en algunas circunstancias, mientras que si se trabaja de forma adecuada se reinvierte la energía gastada, se recupera de manera que se puede trabajar y se está bien.

«El no trabajar también enferma, sobre todo si uno se acostumbra...».

A pesar del desgaste que produce el trabajo, no hacer nada, no trabajar, estar de *balde* o estar quieto es peor, enferma, porque rompe el ciclo, no se recupera nada, todo se pierde, la persona va en retroceso, no progresa, alguno de los testimonios al respecto lo manifiesta como «*estar caído...*».

En concordancia con lo que se entiende por salud en íntima relación con la actividad y con la posibilidad de hacer cosas, la quietud, el no hacer cosas, el estancamiento, la no fluidez, enferma. La constante actividad mantiene el ciclo de dar y recibir en la reciprocidad que existe entre el hombre y el resto de la naturaleza.

Al indagar por el fenómeno de «enfermarse», se evidencia que esta percepción difiere de uno a otro género: los hombres lo asocian con el «no poder trabajar» mientras que las mujeres lo relacionan más con estados emocionales y con algunas de sus funciones reproductoras las que son percibidas como *desgastadoras*:

«Se enferman más las mujeres por lo que tienen los hijos; les da *desaliento*, dolor de cabeza, *eso a uno lo gasta, lo acaba*». (Cursivas de la autora).

La mujer como dadora de vida prolonga su función materna a lo largo de toda su existencia de manera que *gasta* vitalidad y su energía en proporcionar bienestar a los hijos y esposo. Gastan sus *alientos* en otros, dan su vitalidad a los otros miembros del grupo doméstico. La palabra aliento es entendida como vigor, ánimo y se dice de alguien que está *alentado* para dar a entender que no se encuentra enfermo. En ese sentido se refiere a estar saludable o sano, es un término equivalente. Si la mujer da sus alientos, está dando su salud, los gasta en sostener a los hijos y esa es una de sus funciones:

«que los niños se enfermen depende es del cuidado de la mamá».

La mujer es la responsable de lo que suceda en el hogar, principalmente del mantenimiento de personas y cosas. Entre los componentes de un grupo doméstico, los infantes son considerados los más propensos a contraer enfermedades. Por esa condición de susceptibilidad a contraer enfermedades, deben ser más cuidados; la mujer es quien debe responder ante la exigencia social de mantener, cuidar y educar a los niños; si se enferman o están en mal estado es su culpa y su responsabilidad. El hecho de que en la vereda no sea usual que la mujer salga a trabajar en el campo, sino que sus labores se desarrollen más bien en el ámbito doméstico, permite que el nivel de exigencia en torno al cuidado de los niños sea mayor que en zonas en las que sí trabaja fuera.

Los oficios y deberes demandan gran parte de las energías de la mujer a lo largo de todo el día, trabajando en función de los otros: cocinando, lavando, aseando, llevando comida a obreros o al esposo, Así los horarios extendidos, las labores domésticas desde la

madrugada hasta altas horas de la noche, se incorporan en la cotidianidad de las mujeres rurales.

Sin embargo, como ya hemos visto, las mujeres de El Carreño consideran que lo que las desgasta es la maternidad, refiriéndose al estado de preñez y al amamantamiento de los hijos, parece que no tienen en cuenta los cuidados que proveen a los demás y sus consecuencias en lo que denominan su propio *desgaste*.

Las mujeres hacen un trabajo en salud por cuanto hacen un esfuerzo para lograr mantener o recuperar el bienestar de todos y cada uno de los miembros del grupo doméstico. Al educar a los pequeños y al cuidar a los demás miembros del grupo las mujeres reafirman, reproducen, combinan prácticas y estrategias. A la vez que cuidan transmiten esas modalidades de cuidado a quienes le rodean, incluyendo al enfermo. Se constituyen en generadoras de conocimientos y formas médicas.

Por otra parte, al cargar con la responsabilidad del bienestar de los miembros del grupo doméstico, las mujeres reafirman su posición en la jerarquía del mismo en la medida en que sus conocimientos se hacen indispensables para todos, confiriéndole poder en el ámbito doméstico.

## Flujos de poderes

Según Meillasoux, existe en los grupos domésticos campesinos un ciclo de energía que a largo plazo cubre tres generaciones y que permite así su subsistencia. A lo largo de este ciclo la producción de energía se ve concentrada en la segunda generación, cuando mujeres y hombres adultos pueden producir lo suficiente para reponer la parte de energía que han consumido o que consumirán durante las épocas menos productivas de sus vidas: la niñez y la vejez respectivamente. (Meillasoux, 1975).

La producción y flujo de energía aquí descrito sucede justo en ese momento; podemos decir que cuando se da concentración de producción de energía en el ciclo de vida, se da también la concentración de poder<sup>4</sup>. Esa concentración de poder se encuentra asociada a espacios definidos y según las labores de hombres y mujeres adultos.

A pesar de que parece pesar mucho la posibilidad productiva para el ejercicio del poder, también intervienen elementos de la *reciprocidad generacional*, que hacen que se tenga especial consideración y respeto con los ancianos, quienes representan conocimientos y autoridad por lo que frecuentemente concentran funciones de gestión y de desarrollo de ideologías. Sin embargo, este tipo de relaciones no están exentas de conflicto.

El logro de la sobrevivencia del grupo depende de lo que en este momento del ciclo se decida, por las opciones de diferente índole (económicas, políticas, de acción comunitaria, religiosas...) que se asuman. Como se opta por una u otra decisión en función del grupo total y pasando por encima de los intereses individuales, muy fácilmente se contradicen éstos. Por ejemplo, para las mujeres jóvenes el trabajo doméstico se puede convertir en una carga y sólo la composición de un nuevo grupo puede aliviar su trabajo aunque sea temporalmente.

El trabajo como cuidadoras permite a las mujeres concentrar poder en torno suyo pues controlan los hábitos y las conductas, regulan comportamientos, canalizan los sentimientos, toman decisiones y transmiten conocimientos. Si bien trabajan a la par con el hombre cada

4 Entendemos aquí por poder «la multiplicidad de relaciones de fuerza inmanentes al dominio en el que se inscriben». (Foucault, *Microfísica del poder*, página 156).

cual en su ámbito de manera complementaria, también comparten formas de poder: el hombre en lo predial, en el exterior y la mujer en lo privado, en lo doméstico.

En este sentido podemos hablar de la cocina como un espacio de poder, en el que la mujer domina, determina reparto, calidad y cantidades de alimento, decidiendo en qué orden se sirve y se distribuye. Así, es frecuente que favorezca a los hombres que con su trabajo proporcionan al grupo seguridad a largo plazo y cuya ausencia por muerte o enfermedad afecta de manera radical la economía de la totalidad del grupo.

Como parte de la reproducción social allí no sólo se dan las condiciones para la reproducción física mediante la transformación y el consumo de alimentos, también a nivel cultural, manteniendo y produciendo hábitos, usando la significación de los alimentos y permitiendo que perduren o se transformen esas expresiones.

El poder concentrado en este espacio permite expresiones vedadas de diferente índole. Entre ellas, las de control social por ejemplo, a través de la brujería: sólo quien cocina conoce los ingredientes y sus características, conoce los procedimientos y los fines de cada paso de la elaboración del plato. Por ello en eventos interpretados como consecuencia de actos de brujería, se habla de los alimentos o sustancias extrañas combinadas con éstos, como causantes de dolencias.

Desde la cocina se da la posibilidad de introducir en los cuerpos ajenos elementos que permitan su control o modificación mediante la enfermedad e incluso la muerte. A través del alimento, se tiene acceso al interior del cuerpo del otro; este hecho hace que el cuerpo de quien come sea vulnerable a las acciones y deseos de quien cocina.

La cocina es pues, un espacio de producción y de reproducción de identidad y en el que se concentran formas de poder.

## **La casa abierta**

Falta ahora analizar los cambios producidos al interior de los grupos domésticos y de sus espacios de poder, con la llegada de nuevas posibilidades de sabores y de productos con los cuales identificarse, a la luz de las transformaciones generadas por fenómenos como la globalización, que seguirá incorporando o excluyendo a los campesinos de mercados cada vez más amplios y renovadores.

Existe un amplio flujo de información que ha llegado a la vereda, inicialmente a través de la radio, luego con la televisión y últimamente a través de la oferta sistemática de diversos productos por parte de vendedores ambulantes que se desplazan de las ciudades a los caminos rurales en busca de clientes con ofertas de pago a crédito.

La casa campesina es un espacio abierto, al que llegan anuncios publicitarios, noticias, ofertas de muy distintas formas de consumo, y que han producido cambios en las formas de ver, de percibir, de valorar y de consumir.

¿De qué manera se verán afectados ciclos como los aquí descritos con la incursión de nuevos productos? Alimentos no autóctonos se han incorporado al consumo campesino desde hace mucho tiempo; son un ejemplo más del mestizaje o hibridación de formas culturales.

En la parte alta de la vereda se siguen dando flujos como los aquí descritos siempre que haya cultivos de consumo. Allí aun se valora la disponibilidad de alimentos con base en lo que «*da la tierra*», eso es lo que se consume en mayor proporción. En los grupos en los que ha habido migración, para cumplir con los deberes de reciprocidad intergeneracional

quienes han migrado han buscado estrategias como la de enviar dinero o semillas, o pagar a un obrero para que realice el trabajo, o trabajar en la parcela los fines de semana.

Cuando se rompe el flujo aquí descrito es cuando se adoptan definitivamente hábitos alimentarios procedentes de la ciudad sin producción ni consumo de alimentos de la huerta; esto significa que tal grupo ha cambiado radicalmente su forma de vida y que está dejando su carácter de campesino, por otro tipo social y productivo, así sigan siendo habitantes rurales. Sólo en condiciones de vida no campesinas es posible depender completamente del mercado.

## **El alimento sirve para pensar**

Si la incorporación de los campesinos al mercado capitalista ha producido su explotación y dependencia (Durston, 1990), ¿qué cambios económicos, culturales, alimenticios, se seguirán dando en los grupos domésticos rurales con fenómenos como el de la globalización? ¿qué nuevas estrategias producirán para subsistir? ¿qué nuevos espacios de poder se compartirán? ¿qué nexos con el entorno?

A pesar de la revolución verde algunos de los recursos genéticos nativos se han conservado por las necesidades de autoconsumo de campesinos e indígenas. ¿Qué efecto tendrá en la conservación de este tipo de recursos su incorporación o exclusión de los mercados?

Por último, desde lo que podríamos denominar una «antropología del alimento» es urgente la redefinición de conceptos como «*tradición*», «*lo típico*», «*lo propio*», pues ante procesos de hibridación cultural durante más de 500 años y ante las nuevas perspectivas, el tema del alimento y sus significaciones, necesita análisis diferentes.

## **Bibliografía**

BARAJAS, CRISTINA

«La significación social del manejo de la curación y la enfermedad en una sociedad campesina», tesis de grado para la maestría en desarrollo rural, Universidad Javeriana, Bogotá, 1996.

DURSTON, JOHN

«Clase y cultura en la transformación del campesinado», en: *Revista CEPAL*, abril de 1982.

FOUCAULT MICHEL

*Microfísica del poder*, Editorial La Piqueta, Madrid, 1992.

GUDEMAN, STEPHAN Y RIVERA, ALBERTO

«*Conversations in Colombia. The Domestic Economy in life and text*» Cambridge University press, Cambridge, 1990.

MEILLASOUX, CLAUDE

«Mujeres, graneros y capitales», Siglo XXI Editores, Bogotá, 1975.

RIVERA, RIGOBERTO

«Campesinado: el enfoque de las estrategias del hogar», en: *Estudios rurales latinoamericanos*, vol. 12 n° 3, Bogotá, 1989.